

dad incontestable: durante estos treinta años la vida oculta de Jesús fué tal que no se puede imaginar otra más perfecta, más honrosa, ocupada tan santamente, tan útil á la gloria de Dios y á la felicidad del mundo. Sí, lo más grande, lo mejor y más perfecto es, sin duda alguna, el cumplimiento de la voluntad de Dios. Es cierto, Señor, que Jesús fué para Vos igualmente grande en su humilde oficio de Nazaret que en el monte Calvario. ¿Qué importan en adelante la salud, los talentos y cargos brillantes, si lo mismo puedo glorificaros en la enfermedad, sin talentos y en las más ordinarias cupaciones? Prefiero ser un gusano miserable de la tierra, si así á Vos place, que un serafín del Cielo contra vuestra voluntad.

MEDITACIÓN XXXVII

Jesús en Nazaret. Su obediencia. Et erat subditus illis. (Luc., II, 15).

En este modo tan especial y lacónico de narrar con cuatro solas palabras casi toda la vida de nuestro Salvador que no fué sino un encadenamiento de inefabables maravillas, y de callar todas las virtudes que practicó durante treinta años para no hablar sino de su admirable sumisión á María y á José; el Espíritu Santo nos muestra con bastante claridad que quiere inspirarnos un aprecio particular á la virtud de la obediencia, como resumiendo en ella sola, por decirlo así, toda la santidad del Hombre-Dios, propuesta á nuestra imitación. Estudiémosla pues, en nuestro gran modelo y consideremos:

I. El amor y estima que Jesucristo tuvo á la obediencia.

II. Como practicó esta virtud.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos al Salvador en Nazaret recibiendo las órdenes de María y José, conformándose á su voluntad con la más perfecta ex-

actitud, porque veía en ellos la autoridad de Dios, su Padre.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidámosle la inteligencia, el amor á la práctica de una virtud tan amada y que El tuvo en tanta estima: *Jesu obedientissime, miserere nobis.*

PUNTO I

Amor y estimación que Jesucristo tuvo á la obediencia

El mejor juicio que podemos formar de esta virtud es el que el mismo Jesucristo se ha dignado enseñarnos: escuchémosle. David, interpretado por San Pablo, pone en sus labios estas palabras en el momento en que va á entrar en el mundo para salvarlo: «¡Oh Padre mío! no os han agradado los holocaustos que hasta ahora se os han ofrecido, porque no eran dignos de Vos!.... Pero, al darme un cuerpo, me habéis hecho capaz de honraros por mi obediencia y he dicho: Héme pronto: esto se halla escrito al principio del libro, en la eternidad de vuestros decretos, y este es el punto capital de mis deberes, que yo cumpliré vuestra voluntad.... Lo he querido ¡oh Dios mío! y esta ley está grabada en el fondo de mi Corazón» (1).

Después de la conversación que Jesús tuvo con la Samaritana, viendo á sus discípulos inquietos porque hacía largo tiempo que no había comido (2), les habló de un alimento que ellos no conocían y que nunca le faltaba: la obediencia á la voluntad de su Padre. Esta es la que repara y conserva sus fuerzas; vive de obediencia y se entrega á ella con la premura que un hambriento á la comida que se le presenta: *Meus cibus est, ut faciat voluntatem ejus, qui misit me* (3). Nos asegura que no ha venido del Cielo sino

(1) Ps. XXXIX, 7. Hebr., X, 5.

(2) *Rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi, manduca.* (Joan., IV, 34).

(3) Joann., IV, 34.